

LA ESPERANZA DE LA IGLESIA

El Espíritu nos va a conducir por sus caminos, que no son nuestros caminos, a esa imitación cada vez más fiel de Jesucristo y a esa comunión cada vez más estrecha con nuestro pueblo cubano, con quien compartimos un mestizaje de fe, cultura y raza, y compartimos la dicha de haber nacido aquí.

Los cubanos, por nuestro carácter, somos capaces de construir cualquier cosa en común; y en común vamos a construir este camino del Espíritu, felicitándonos por tantas cosas que salen bien en nuestra Patria y preguntándonos qué podemos humildemente hacer para que las que salen mal, salgan bien.

Abierta a la imprevisibilidad del Espíritu, la Iglesia cubana quiere ser la Iglesia de la esperanza que recuerda el pasado, vive el presente y espera el futuro.

Tenemos una esperanza y queremos dar palabras de esperanza a los que las pidan a los que las necesiten, a los que han fijado sus miras sólo en lo terreno como límite a sus aspiraciones humanas y sienten como que les falta algo. No tenemos ni la primera ni la última palabra de todo, pero creemos que hay una primera y una última palabra de todo y esperamos en Aquel que la tiene, el Señor. En Él miramos con serena confianza el futuro siempre incierto porque sabemos que mañana, antes que salga el sol, habrá salido sobre Cuba y sobre el mundo entero la Providencia de Dios.

2. Entrevista al Arzobispo de La Habana

Mons. Jaime Ortega

¿Existe o existió algún tipo de enfrentamiento entre el gobierno cubano y la Iglesia de Cuba?

Al comienzo. Como todo el mundo conoce, hubo enfrentamiento. Enfrentamiento que tuvo varias causas y antecedentes. Estuvo muy presente en la mente de mucha de la gente de pastoral que aquí había, que era de origen español, la guerra civil española y la República Española. Un factor fundamental fue también el ateísmo militante que acompaña normalmente a los sistemas marxistas y el consecuente temor de los pastores ante el poco espacio que ese ateísmo le podía dejar a la Iglesia. Todo esto se sumó también a factores de tipo económico. Era una época preconciliar, donde todavía no había precedentes como los de Medellín y Puebla. Tampoco habían aparecido los documentos del Magisterio de Pablo VI, *Octogesima Adveniens* o a la *Mater et Magistra*, de Juan XIII, con todo lo que ha significado este tiempo conciliar y postconciliar. Entonces la Iglesia se vio enfrentada con una gran rapidez.

¿Pero la jerarquía de la Iglesia de Cuba estuvo muy ligada a la dictadura de Batista?

No. Aunque hay algunos que discrepan. Aquí, sin que entonces hubiera una elaboración teológica como la que pudiera haber en el ambiente latinoamericano hoy, los cristianos fueron a la revolución con las armas teológicas de la época teniendo como trasfondo quizás lo que hablaba Santo Tomás de Aquino sobre el tiranicidio; y no fueron limitados o entrabados por consejos de sacerdotes o de la jerarquía. Había, por el contrario, un apoyo moral y de empatía. Muchos compañeros míos del grupo de Acción Católica murieron en ese proceso. Ahora, claro, en aquellos momentos no existía la armazón ideológica de la participación de los cristianos en el proceso de cambio, pero los cristianos participaron como tales en la revolución, sin que hubiera declaraciones por parte de la Iglesia que los pusiera ante problemas de conciencia. Había un consenso nacional de que aquella dictadura no era justa y que había que rechazarla y esto lo acompañó la Iglesia.

¿Por qué se sabe tan poco de la Iglesia de Cuba?

Es una opción de esta Iglesia, que se debe a que en Cuba ha habido un cambio social que no es un simple cambio de gobierno. No queremos que nuestra opinión sea manipulada. Por ejemplo, grandes sectores de América Latina esperarían quizás una palabra de alabanza de la Iglesia hacia el gobierno revolucionario, si éste ha resuelto realmente el problema del pobre, si ha hecho posible que todos tengan acceso a la salud, si se ha aumentado el promedio de vida, como es y lo afirman distintos organismos internacionales. También la posibilidad de educación y la diversidad de opciones que tiene hoy el estudiante cubano. ¿Por qué nunca la Iglesia dice nada de esto? Lo dice muchas veces en documentos internos y

nos alegramos de ello. Pero esta misma opinión puede ser tratada de dos maneras distintas: unos dirán con alegría "por fin tenemos un régimen justo y la Iglesia lo avala", pero a partir de la misma declaración se podría afirmar lo contrario: "Ah, mire la Iglesia en Cuba: tiene que decir eso porque el Estado oficialmente se lo pide y es sólo eso lo que puede decir". Por eso hemos optado por callarnos —callar las deficiencias y los logros—, porque sabemos que hay una serie de intereses que no son justamente los intereses de los cristianos, sino que son los intereses de gobiernos o de otro tipo de entidades. Y en este país, que ha estado aislado, bloqueado, nosotros no quisiéramos que nuestra voz, sabiendo la resonancia que puede tener la voz de la Iglesia, pueda ser manipulada. Y esta opción la hemos llamado la opción seria, que significa un compromiso con nuestra nación ante una realidad totalmente nueva, lo cual no quiere decir que la Iglesia no haya ejercido su acción por otras vías: por medio del diálogo directo y franco con las autoridades hemos intentado resolver los problemas.

¿Qué límite ha tenido la Iglesia en la revolución?

La Iglesia ha sentido límites, como la no posibilidad de una educación católica en los colegios. Nuestra aspiración sería una organización laica de la sociedad que no fuera confesionalmente atea. Por otro lado, el acceso a los medios de comunicación social nos está limitado.

¿Hay discriminación hacia los cristianos?

Hubo. Esto se ha ido superando. No se puede decir que ahora tengan una plena participación porque hay un único partido y ese partido es ateo. Pero en cargos administrativos, docentes, de investigación, hay cada vez mayor participación de cristianos y esto ha sido un progreso que se ha ido alcanzando.

¿Usted cree que este régimen socialista, a pesar de su ateísmo declarado en la Constitución, ha desarrollado en su pueblo valores intrínsecamente cristianos?

Sí. Se han desarrollado valores cristianos. Sentimientos de solidaridad, de ayuda entre la gente. También hay valores cristianos en la atención a los necesitados, a los enfermos... Este derecho que tiene aquí cada hombre de acceder a la educación, a la salud, a la eliminación de barreras por factores raciales o de clase. Todos estos son puntos de contacto con lo que propugna el Evangelio. Como cristiano, uno siempre ha tenido esa especie de sosiego interior de que aquí no ha habido un niño que se acostó sin comer. Ni nadie.

¿Usted cree que en un régimen como éste, marxismo y cristianismo, más allá de los dogmas de uno y de otro, van hacia una convergencia?

Al hablar así de marxismo y cristianismo se llega muy luego a los conceptos. Por lo tanto, para hablar de realizaciones concretas, nosotros hablamos de revolución y cristianis-

mo, entendiendo como revolución esa entidad que abarca el cambio social, la nueva estructura. Siempre se ha dicho que es posible ser católico y revolucionario. Nuestros estudiantes católicos universitarios parten de la base de que ellos son católicos y revolucionarios. Aquí, en Cuba, no se hace tanto uso de la palabra marxismo. El término que agrupa a los cubanos es la revolución (y el socialismo), y cuando nosotros entonces hablamos de un diálogo no hablamos de un diálogo entre marxistas y cristianos, porque esto podría tener implicaciones filosóficas y teóricas de estilo europeo. Se trata de un gobierno que tenemos y que en la práctica ha hecho un cambio social grande y novedoso que tiene un cuarto de siglo en la historia de Cuba. Entonces el diálogo tiene que ser entre esa realidad que se llama revolución socialista y esta Iglesia, que es parte de este pueblo y que piensa —dentro del proceso que hemos llamado de reflexión eclesial cubana— desde la misma base.

¿Qué opina de la teología de la liberación?

Hay dos cosas. Por un lado está el pensamiento teológico y por otro el movimiento con todas sus gamas. Como un esfuerzo de pensamiento que se funda en la realidad latinoamericana y cuando se trata en forma seria, hay que tenerla en cuenta. En nuestros seminarios se estudia la teología de la liberación, pero no es la teología de nuestros seminarios. Nuestros sacerdotes la conocen pero no se afilian todos en bloque a esa corriente. Lo que pasa es que no tiene que ver directamente con los problemas de Cuba.

En el reciente encuentro sobre la deuda externa, la participación de cristianos como tal fue muy bienvenida por Fidel Castro y muy valorada por los medios de comunicación. ¿Usted cree que las limitaciones que todavía tiene la Iglesia podrán ser prontamente superadas?

Creo que sí. En ese encuentro no solamente se expresaron los cristianos libremente, sino que fueron invitados como

tales. Hay una clara conciencia de lo que significa el pensamiento y la acción cristianos en la América Latina y esta valoración no es tan reciente. Desde hace muchos años que se valora, aunque la comunicación fluida con los cristianos sea más reciente. Por ejemplo, se valoró mucho la participación de los cristianos en el proceso de la Unidad Popular en Chile.

¿Y a qué se debe el cambio de relación con los cristianos?

Ha habido un cambio progresivo. Creo que se debe quizás en parte a la revolución nicaragüense con la participación allí de los cristianos. Algo influyó. En su momento influyó también la Unidad Popular en Chile. También lo que ha pasado en Uruguay, donde sí bien no ha sido llamativa, la participación de la Iglesia ha sido importante.

Para el gobierno chileno de hoy, Cuba y su régimen socialista se parecen mucho al demonio. Dicen que es intrínsecamente perverso, que aquí no se respetan los derechos humanos, que se persigue a la Iglesia. ¿Qué puede decir usted respecto a eso como Arzobispo de La Habana?

Creo que ya he contestado algo de eso en las primeras preguntas. Resumiendo, creo que se trata de un cambio que es cualitativamente nuevo, que se ha propuesto metas de desarrollo con mucha persistencia y seriedad, como ningún régimen anterior lo había hecho. Un régimen que tiene al hombre muy en cuenta: sus necesidades, su desarrollo integral. Evidentemente definir a Cuba como todo lo contrario de como lo hace el régimen de Pinochet sería caer en el mismo simplismo de ellos. Hay muchos matices. A la realidad cubana hay que aproximarse de manera realista y con mucho respeto. Hay una situación dinámica, en movimiento, distinta a esas concepciones fijas y absolutas: esto es malo o esto es bueno. Como toda realidad, tiene etapas, períodos, dificultades de todo orden. No se puede comprender la revolución cubana, creo yo —y no quisiera caer en un lugar común—, sin



**ZAPATERIA
DEL NIÑO**

C.C.C. Tamanaco - Nivel C-2
CARACAS



Banco de Maracaibo

fundado en 1882

la entidad bancaria más sólida y antigua del país

EN EL BANCO DE MARACAIBO
SUS AHORROS SE CONVIERTEN
EN UNA META REAL

pensar lo cerca que está Cuba de los Estados Unidos, sin pensar en el gran poder que tiene el gobierno norteamericano para controlar o ahogar un proceso como éste. Eso es un factor de un peso tremendo que siempre hay que tener en cuenta.

En Chile, Pinochet ha intentado llegar a un concordato con El Vaticano para nombrar a los obispos. ¿Cómo son

nombrados los obispos aquí? ¿Hay alguna intromisión del gobierno?

No. Aquí los obispos son nombrados libremente. También los párrocos se nombran con toda libertad. Las reuniones de obispos del clero y de los laicos a cualquier nivel son absolutamente libres.

LA IGLESIA EN HAITI

Mensaje de los Obispos

PRIORIDADES Y CAMBIOS

Bienamados hermanos y hermanas,

1. Una vez más, reunidos en conferencia episcopal, los obispos de Haití sienten la necesidad de dirigirles un mensaje pastoral acerca de ciertas urgencias que les parecen prioritarias y acerca de los cambios que consideran indispensables para un compromiso de todos los haitianos en la era de reconstrucción del país.

2. Como les subrayamos en nuestro mensaje del 7 de marzo último: *"El personaje principal de Haití es el PUEBLO HAITIANO. Es él quien debe estar en el centro de todas las preocupaciones. Es en función de él como el desarrollo económico y social de la nación debe organizarse"*.

3. ¿Quién es el pueblo haitiano?

El pueblo haitiano no es una "masa" inerte en sí misma, susceptible de ser movida desde afuera, juguete fácil entre las manos de quien quisiera explotarla. El pueblo es aún menos el "populacho" que podría ser sobornado y empujado a cualquier tipo de acto deshonesto. *"El pueblo vive de la plenitud de la vida de los hombres que lo componen, de cada uno según su lugar y según la manera que le es propia; es una persona consciente de sus propias responsabilidades y de sus propias convicciones"* (Cf. Pío XII, Radio mensaje, Navidad 1944).

4. El pueblo haitiano son los campesinos, los obreros, los artesanos, los que ganan poco, los desempleados, los desalojados, las categorías socioprofesionales, todos ellos, alfabetizados o no, jóvenes o adultos, hombres o mujeres, que tengan una mentalidad de pobres y que aspiran a la construcción de una comunidad haitiana basada en la justicia, la verdad, la libertad y la fraternidad.

5. ¿Cuáles son las prioridades de este pueblo?

Hemos insistido ya sobre esta urgencia en ocasión de la inauguración oficial de la Misión de Alfabetización, el 7 de marzo último. Pero sentimos imperiosa la necesidad de volver sobre este punto una vez más hoy.

6. La nueva sociedad a la cual aspira el pueblo haitiano exige su PARTICIPACION en las grandes decisiones que comprometen la vida de la nación.

La elaboración de la Constitución, de la ley electoral, de la ley sobre los partidos políticos, implica la participación del pueblo. Ellas deberían ser sometidas a la ratificación del pueblo.

La población debe poder tomar parte activa en la designación de sus dirigentes a nivel de la sección rural, de la comuna, del distrito, del departamento y de la nación. Así, este pueblo designará libremente su Jefe de Policía rural, su Alcalde, su Diputado, su Senador y su Presidente.

8. El pueblo haitiano debe poder participar válidamente en la organización y la vida de los partidos políticos. Debe poder igualmente ejercer libremente su derecho de asociación: derecho de reunirse en sindicato, en cooperativa, agrupaciones comunitarias, etc.

9. La Alfabetización, condición indispensable de esta participación, deberá movilizar el conjunto de la población. El Gobierno de la República está llamado a aportar una contribución efectiva a esta operación. El sector privado está invitado a cooperar activamente.

10. Los haitianos que viven en el extranjero están llamados de modo particular a brindar una ayuda financiera a este proyecto, porque la Iglesia cuenta con su concurso y les solicita ofrecerlo por medio de los sacerdotes nombrados en el servicio de las comunidades haitianas. En cuanto a los jóvenes, quienes ya, en varias ocasiones, han manifestado su entusiasmo por esta misión, se les convida en modo especial. Insistimos ante los responsables a los que les concierne para que prevean en el calendario escolar un programa de formación de los jóvenes que les permita consagrar todo el tiempo necesario a esta importante obra de la Alfabetización del pueblo.

11. Esta obra es vital para el presente y el futuro del país, porque está íntimamente ligada al desarrollo económico y social del pueblo haitiano. Es por ello por lo que nos importa subrayar otra prioridad extremadamente importante, cual es la urgencia de una REFORMA AGRARIA. Cuatro millones de hombres y mujeres de este país extraen sus ingresos casi exclusivamente de la agricultura. Pero la condición económica y social de estos campesinos es dramática, porque, por una parte, a menudo carecen de tierras, y por otra, cuando tienen tierra, o bien no son aparceros, o bien están a merced de todas las formas de explotación y desposesión.

12. Ahora bien, el Estado dispone de importante superficie de tierras sin uso y de otras abusivamente concedidas a particulares o a sociedades, las cuales deberían ser recuperadas.

13. El primer objetivo de la reforma agraria debería por ello ser una distribución equitativa de las tierras a campesinos que las administren como buenos padres de familia y que las hagan fructificar. Esta reforma agraria debería igualmente asegurar la protección del campesino, porque, como lo escribimos en las "Cartas de las Iglesias de Haití por la Promoción Humana", los poderes públicos tienen como misión *"garantizar a los campesinos frente a toda expropiación, asegurarles sus parcelas y valorizar los terrenos baldíos distribuyéndoselos a los más pobres"* (Cf. Artículo 37, partes a, b y d).

14. Una tercera prioridad concierne al problema del EMPLEO. Desde hace varios años, el nivel de vida de Haití baja de manera inquietante y esta baja es sufrida muy duramente en los medios más desfavorecidos. Ni siquiera el 22 por ciento de la población urbana activa se beneficia de empleos asalariados. Ello significa que el porcentaje de desempleados es enorme. A ello se añade el hecho de que la reciente baja de precios está lejos de corresponder todavía al actual nivel de los salarios.

En resumen, desempleo y desfase entre salarios y precios convergen para disminuir el poder adquisitivo de los hogares. Por ende, hay que hacer bajar realmente, con toda ur-